

Cuando vio acercarse á Zancudo y al Xardo con su apéndice  
¡Juepillo, el armado empujó la adarga, terció la lanza y se  
hizo al medio del camino, dijo:  
—¿Qué gente sois? ¿Adónde vais?  
—Y o soy, dijo Zancudo, sin apartar sus armas, alférez de  
una compañía franca al servicio del rey, y estos que conmigo  
vienen, también son de la compañía; y dijo esto, sin saber si  
vos sois del rey ó no lo sois.

CAPITULO X.

—Nosotros no somos, contestó el armado, ni de rey ni de  
Rodrigo, que quien nos paga sueldo es el señor infante don Juan,  
que el Senador, á cuya señora esposa vamos regresando sin  
saber adónde va.

DE CÓMO ZANCUDO ENTRÓ Á SERVIR TEMPORALMENTE Á DOÑA JUANA  
NUÑEZ RE LARA.

—Pues pasad é id á aquellas tiendas que se ven allá abajo,  
y á los que guardan la de en medio, decidle lo que desearis.  
—Atardecos el favor, bidalgo, dijo Zancudo, y quedab  
con Dios y hasta luego, que bien me parece que hemos de ir

Se habian puesto de nuevo en marcha hacia poco tiempo, y  
en una plática sabrosa y entretenedora pasaron el camino hasta  
llegar al monte de Torozos, que atravesaron, viniendo á dar al  
Páramo y arroyo de la Mudarra, donde á la sombra de algunos  
grandes árboles estaban sesteando, porque ya habia entrado  
el gran calor del dia, algunos hombres de armas con algunos  
acemileros.

Los caballos y las acémilas, quitados los frenos, pastaban li-  
bremente de la fresca yerba que á la márgen del arroyo crecia.

Entre unos copudos árboles habia armadas tres tiendas, una  
de las cuales, la del centro, era mayor que las otras.

Avanzado sobre el camino, á caballo, con la adarga en el ar-  
zon, y apoyado en la lanza, habia un hombre de armas á guisa  
de centinela.



Cuando vió acercarse á Zancudo y al Zurdo con su apéndice Jusepillo, el armado embrazó la adarga, terció la lanza, y saliéndose al medio del camino, dijo:

—¿Qué gente sois? ¿Adónde vais?

—Yo soy, dijo Zancudo, sin apercibir sus armas, alférez de una compañía franca al servicio del rey, y estos que conmigo vienen, también son de la compañía; y digo esto, sin saber si vos sois del rey ó no lo sois, porque yo nunca entro en tierra de miedo, ni miento, mirando á lo que puede sobrevenir.

—Nosotros no somos, contestó el armado, ni de rey ni de Roque, que quien nos paga sueldo es el señor infante don Enrique el Senador, á cuya señora esposa vamos resguardando sin saber adónde va.

—¿Cómo! ¿qué! ¿está aquí la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara? dijo Zancudo; pues huélgome de saberlo, que tenía yo deseos de conocer á dama tan principal, de quien he oído contar maravillas, y que priva mucho con su señoría la reina; y si fuera posible que yo la hablase, me alegraría.

—Pues pasad é id á aquellas tiendas que se ven allá abajo, y á los que guardan la de en medio, decidles lo que deseais.

—Agradézcoos el favor, hidalgo, dijo Zancudo, y quedad con Dios, y hasta luego, que bien me parece que hemos de ir juntos algun buen espacio de camino.

—Placeríame de ello, señor alférez, contestó el hombre de armas.

Y Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, pasaron.

## II.

Como le habian visto hablar con el guarda los soldados que estaban sesteando á la sombra de los árboles, no se movieron; pero moviéronse, sí, los que guardaban la tienda del centro, que adelantaron cuando vieron que Zancudo y el Zurdo se acercaron á ella.

A cierta distancia diéronles el alto, y preguntáronles qué era lo que querian, á lo que contestó Zancudo:

—Señores hidalgos, yo soy alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, mas conocida por el nombre de su capitán, el caballero del Aguila Roja: voy haciendo mi via hácia la villa de Mayorga, y habiéndome dicho el guarda que está allá en el camino, que aquí pára su merced la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, no he querido pasar sin hacer acatamiento á esta señora: decidla, pues, si esto es posible, que el alférez Melchor Zancudo desea besarla las manos y ponerse á su servicio.

## III.

Retiróse del grupo de guardas, uno de ellos que fué á la tienda y levantó el tapiz.

En aquel momento apareció una doncella jóven, bastante linda, dentro de la tienda, inmediatamente detrás del tapiz que habia levantado el hombre de armas.

—¿Qué quereis? preguntó la doncella al hombre de armas.

—¿Qué he de querer yo? contestó este: no otra cosa que decir á su merced que aquí hay un alférez aventurero que con su merced desea hablar, y como este puede ser el mismo por quien su merced ha preguntado en las ventas del camino, sin que nadie le haya visto pasar, por eso vengo á anunciarlo á su merced, que de otro modo no traeria el mensaje.

—Habeis hecho bien, dijo la doncella, y voy á avisar á la señora.

Y se metió para adentro.



## IV.

Doña Juana, completamente vestida, estaba echada sobre unos ricos almohadones, puestos en una especie de camilla de tiguera muy baja.

—Y bien, Cinta, dijo á la doncella, ¿qué es eso, ha llegado ya el que esperábamos?

—Creo que sí, señora, porque hay ahí un hombre que se dice alferez de la compañía franca del capitán del Aguila Roja, y ha de ser el que vuesa merced espera.

—Pues que entre al momento, dijo doña Juana.

Y se levantó de los almohadones y se puso de pié.

Tenia un traje verde de vellorí tomado de oro, y como de caza, tocas blancas de una tela semejante á gasa de plata que dejaban ver sus ricos cabellos, y un birrete de brocado con pedrería y pequeñas plumas de garza en el birrete, azules, rojas y amarillas.

Este birrete, que tenia el ala muy ancha, como para defender del sol, tenia todas las apariencias de uno de estos sombreros de viaje que hoy usan las jóvenes, con la sola diferencia de que era muy rico; en fin, si doña Juana hubiera llevado ahuecadores, entonces no se usaban porque duraba aún en las modas la influencia de la estatuaria, hubiera parecido completamente una de nuestras elegantes, solo con mas viveza en los colores del traje, y en él bordaduras y briscaduras de oro.

Una reina no hubiera podido ir mejor ataviada que doña Juana, porque además de lo rico y de lo ostentoso de su traje, llevaba en la garganta alhaite ó collar de gruesas perlas en triples vueltas, grandes arracadas de pedrería, y ajorcas ó brazaletes de oro macizo guarnecidos de perlas, esmeraldas y rubíes.

Unos guantes finísimos, perfumados, la llegaban hasta la mitad del mórbido brazo, y en la mano izquierda tenia un ri-





LA BUENA MADRE.

La Palomilla.

quísimo ventalle de plumas, esto es, un abanico que no podía cerrarse.

Estaba gallarda y hermosísima doña Juana, y Zancudo, que no la conocía, no pudo menos de maravillarse al verla, de dar un paso atrás, y exclamar:

—¡Jesús me valga!

## V.

—¿Habeis visto al diablo? dijo doña Juana.

—No, señora, no, contestó Zancudo, que era muy galante: no he visto al diablo, sino á un ángel, y porque á su vista sobrehumana he creído morir, he pedido á Dios que me valga.

—De buen humor venís, señor alférez.

—No tengo por qué venir con mal talante, cuando vengo sirviendo á una dama tal como vuesa merced.

—Gracias: ¿y á qué hora habeis salido de Valladolid, ó en qué diablo os habeis entretenido que me habeis tenido esperando mas de una hora?

—He cogido al vuelo un pájaro que puede ser muy útil para mi compañía, porque es herrador, albéitar, médico, astrólogo, y creo, Dios me perdone, que envenenador, saludador, quiero decir, hombre que conoce las virtudes de todas las yerbas.

—En ese caso, dijo doña Juana, dejando ver algo de siniestro en su mirada, no habeis perdido el tiempo: y decidme ¿cuánto tardaremos en llegar á Mayorga?

—Segun y cómo: vuesa merced, si quiere sestear y descansar por la noche, tardará dos dias; pero yo no tardaré mas que uno, porque no pienso parar mas que dos horas para descansar y comer yo, y para que coma y descanse mi caballo.

—¿Y no puedo yo andar lo mismo? dijo doña Juana.

—Indudablemente, si vuesa merced quiere.

—Pues así andaremos, dijo doña Juana: Cinta, añadió.



Entró á poco la doncella que anteriormente y á una seña de su señora habia salido de la tienda.

—Dí al escudero Márcos Lesmes, dijo doña Juana, que entre al momento.

A poco entró un soldadote rudo y perfectamente armado, porque las gentes de los Laras que estaban en la córte, iban de continuo ricamente ataviadas y pertrechadas.

## VI.

—Oid, Márcos Lesmes, dijo doña Juana; este hidalgo es el por quien se ha preguntado en las ventas del camino; se llama el señor Melchor Zancudo, y es alférez al servicio del rey en una compañía franca que está sobre Mayorga; y como allá vamos, he determinado que el señor Melchor Zancudo sea el que comande, como capitan, mis lanzas, y el que como mayordomo gobierne á la servidumbre que he traído conmigo: entendedlo vos y hacedlo entender á todos los demás, para que le obedezcan; voy á descansar hasta el medio dia, y en siendo el medio dia por filo quiero partir: id con Dios.

Saliéronse el señor Melchor y el señor Márcos, porque la despedida de doña Juana les habia comprendido á los dos, y salióse poco despues toda curiosa Cinta á la parte de afuera de la tienda, yéndose detrás de los dos soldados hácia la tienda de la izquierda, á que estos se dirigian.

Aquella tienda estaba abierta en su parte superior, y por la abertura salia humo, lo que no siendo invierno y haciendo un calor de veinticinco grados, demostraba que aquella tienda era la cocina.

Dentro de ella, pendiente de una especie de aro sobre una hoguera, habia un gran caldero lleno de carne, hirviendo en un caldo aromático: caldero monstruoso, con cuyo contenido podian alimentarse muchos hombres.

Aquella era sin duda la comida de la servidumbre y la gente de armas.

Alrededor de esta hoguera y en brasas aparte, habia tartaras y cacerolas que debian contener la comida de doña Juana.

El cocinero y los marmitones estaban completamente entregados á la confeccion de la comida.

—¡Eh, buena gente! dijo entrando Márcos Lesmes, acompañado de Zancudo, que abria desmesuradamente las narices para aspirar el aromático, confortante y apetitoso olor de los guisos: mirad bien á este hidalgo y empezad por hacerle salva con algo de aquel buen vinillo de Portugal que está en esos zaques, y no os olvideis de llenar mi taza, y llenar si quereis las vuestras en señal de alboroque, porque este hidalgo, por voluntad de la señora, es el que ha de mandarnos á vosotros y á nosotros y á los pajes, y no sé si tambien á Cinta, que está ahí á tres pasos toda curiosa.

—Pues si yo mando en ella, dijo Zancudo, consolaréme de lo que necesariamente he de rabiarse por mandaros á vosotros, que á lo que me parece, mas que de santos teneis de pícaros é inobedientes; pero venga acá esa taza, que solo de verla se me ha pegado la lengua al paladar y se me han puesto las fauces secas.

Dieron una enorme taza llena de vino tinto á Zancudo, y este volviéndose á Cinta, la dijo:

—¿Quereis hacerme la merced, niña?

Cinta hizo un gestecillo torciendo graciosamente la boca, y acercándose y tomando la taza, dijo:

—Venga, porque no creais que os hago desprecio, pero yo nunca bebo mas que á la comida; á pesar de cuyo dicho, Cinta se bebió la mitad del contenido de la enorme taza.

—Parecéisme hembra de poder, dijo Zancudo, y si así bebeis cuando no bebeis, cuando bebais debeis ser un sumidero; con qué, añadió volviéndose al cocinero y á los marmitones, ya sabeis que yo mando en vosotros, pero no sabeis que estoy acostumbrado á hacer que se me obedezca, si no de buena voluntad, por virtud del sopapo; con que que no se me ponga en la triste necesidad



de lastimaros: vamos á otra parte, á que allí sepan tambien que han de obedecerme.

Y salió de la cocina dejando algo mohinos y enojados al cocinero y á los marmitones con su breve y enérgica alocucion.

## VII.

—Vamos á ver niña, dijo Zancudo juntándose al salir de la tienda con Cinta; ¿y vos estais tambien bajo mi mano?

—Yo no tengo sobre mí mas mano que la de mi señora, contestó con altivez Cinta, y para que otro tenga conmigo mano es menester que yo quiera.

—Pues siento mucho no tener sobre vos dominio, porque podeis tener por seguro que si encontraba en vos algo que arreglar lo arreglaría.

—Mire no le arreglen á él, dijo Cinta, y quede con Dios, que ya nos veremos.

Y se metió en la tienda de su señora.

## VIII.

Cinta era una asturiana blanca, pelinegra, ojinegra, robusta y mórbida, como de diez y ocho años, y bastante viva; vestía con lujo, como convenia á la doncella de confianza de una rica hembra, mujer de un infante, y era traviesa mas de lo que permite el recato femenino.

Pero, segun aseguraban todos los de la servidumbre, que tenían motivo para saberlo, honrada é inconquistable: no se sabia que hasta entonces hubiera querido á ningun hombre, á pesar de que habian andado mucho tras ella, pajes y escuderos, únicos que por su categoría de hidalgos podian aspirar á la mano de la hi-

dalgüísima María de la Cinta Santaella, que se jactaba de descender no menos que del señor rey don Pelayo.

## IX.

Márcos Lesmes presentó á Melchor á la servidumbre, á los hombres de armas, á los acemileros, á toda la gente, en fin, que llevaba consigo doña Juana, dándole á reconocer como jefe y mayordomo, despues de lo cual, y llevándose consigo algunas gustosas provisiones y una gran bota, y admitiendo en su compañía al Zurdo y á Jusepillo, los dos nuevos conocidos se fueron á la sombra de una gigantesca haya, y allí, tendidos obre la verde grama, se entretuvieron comiendo, bebiendo y platicando sabrosamente, hasta que la altura del sol les indicó que habia llegado el mediodia.

Entonces, Zancudo, empezando á usar de las atribuciones de jefe, llamó á un trompetero y le mandó tocar llamada, á cuyo son se pusieron de pié todos los hombres de armas.

Trajéronles la gran caldera de la comida, y despertada por el bélico son doña Juana, la sirvieron de comer, despues de lo cual se emprendió la marcha con intento de ir á tomar el primer descanso en el pueblo de Teso de Almenara.